

■■■ LOCALIZACION Y AMBIENTES ■■■  
DE LA NOVELA *MIAU*  
DE DON BENITO PEREZ GALDOS

Enrique Avilés Arroyo

*La novela*

*Miau*, una de las mejores novelas de don Benito Pérez Galdós y de las más pesimistas, nos presenta un retazo gris de la vida madrileña de la época, concretamente la actitud de diversos personajes de la Administración pública española frente al Estado. Unos sucumben, como don Ramón Villaamil, otros triunfan, como su yerno Víctor Cadalso. El problema se centra —en principio— en la inadaptación a las circunstancias del pobre cesante, o en la hábil adaptación al medio, prescindiendo de escrúpulos morales, del vividor. Queda una tercera actitud, representada fundamentalmente por Federico Ruiz y su mujer, Pepita Ballester, que consiste en vivir según sus posibilidades, actitud que las “Miaus” no están dispuestas a asumir.

De aquí se deriva el otro fracaso de Villaamil, el de su propio hogar. Don Ramón llega a sentirse extraño entre los suyos y no se siente acompañado más que por su nieto Luisito, con el que no puede franquearse en razón de sus cortos años. En el Ministerio lo acogen con simpatía al principio, pero su amargura progresiva, su sarcasmo y por último su locura lo van alejando de sus antiguos compañeros. Lógico epílogo a tal situación es primero la soledad y después la muerte.

La novela ofrece una impresionante galería de personajes de carne y hueso, en cuyas conciencias y pensamiento bucea el autor hasta profundidades realmente estremecedoras. El mundo de las visiones oníricas aflora a lo largo de la misma. El proceso degenerativo del protagonista es analizado minuciosamente por el novelista... Pero no voy a fijarme en ellos, estudiados ya por críticos tan ilustres como Joaquín Casaldueiro, Ricardo Gullón, Robert J. Weber y Gustavo Correa, entre otros, sino en un aspecto parcial y muy concreto de la novela: su localización y su ambientación en el Madrid alfonsino. Sabido es ya el relieve que la topografía madrileña adquiere en las novelas galdosianas, hasta convertirse lugares y entornos en auténticos personajes que, como comparsas, rodean a los protagonistas animados y contribuyen a dar esa sensación de vida que se desprende de las mismas.

La calle de Quiñones, la explanada frente al Cuartel del Conde-Duque, el Colegio de la plazuela del Limón, el interior del Teatro Real, los despachos y dependencias del Ministerio de Hacienda, la Iglesia de las Comendadoras, los desmontes del Cuartel de la Montaña, poseen tan acusada entidad como don Ramón Villaamil, doña Pura y su hermana Milagros, Abelarda, Víctor o Luisito Cadalso.

### *La época*

Se inicia la novela en febrero de 1878. Poco antes, el 23 de enero, Alfonso XII se había casado con su prima M<sup>a</sup>. de las Mercedes en la Basílica de Atocha.

El 12 de febrero se firmó el Convenio o Paz de Zanjón, que concedía a Cuba las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas que disfrutaba Puerto Rico.

Gobernaba el partido conservador con Cánovas a la cabeza desde el 2 de diciembre de 1875. Le quedaba poco más de un año, exactamente hasta el 3 de marzo de 1876 en que dimitió para dejar paso al Gabinete presidido por Martínez Campos. Cánovas había gobernado con anterioridad y volvería a hacerlo poco después. Villaamil no llegó a ver la sustitución de don Antonio, su suicidio tuvo lugar en la primavera de aquel mismo año, ya que en el capítulo XLII de la novela se nos dice:

“El día era espléndido, raso y bruñido el cielo de azul, con un sol picón y alegre; de estos días precozmente veraniegos en que el calor importuna más por hallarse aún los árboles despojados de hoja. Empezaban a echarla los castaños de Indias y los chopos; apenas verdegueaban los plátanos, las soforas (*sic*), gleditchas y demás leguminosas estaban completamente desnudas. En algunos ejemplares del árbol del amor se veían las rosadas florecillas, y los setos de aligustre ostentaban ya sus lozanos renuevos, rivalizando con los *evonymus* de perenne hoja”<sup>1</sup>.

Cuando Galdós publica su novela, en 1888, gobiernan los liberales con Sagasta al frente del Ejecutivo, ha muerto Alfonso XII y figura como regente doña María Cristina de Hausburgo y Lorena, la reina viuda.

Las tres *Miaus*, a pesar de sus apuros económicos,

“no perdieron ninguna de las fiestas públicas que con aquel motivo se celebraron en Madrid”<sup>2</sup>.

El novelista nos enumera iluminaciones, retretas y el paso de la comitiva hacia Atocha, y añade:

“todo lo vieron perfectamente, y de todo gozaron en los sitios mejores, abriéndose paso a codazo limpio entre las multitudes”<sup>3</sup>.

Basta abrir las páginas de revistas como *La ilustración española y americana* de aquellas fechas para comprobar la exactitud del dato. Los festejos duraron desde el toque de diana del 23 hasta la retreta de la madrugada del día 28.

Madrid se engalanó para festejar la felicidad de sus reyes, como pocos meses más tarde vestiría crepones de luto para acompañar en su dolor a don Alfonso, ya viudo.

Las *Miaus* contemplarían los globos con luz eléctrica de la Puerta del Sol; las fuentes de Neptuno, de Cibeles y de los Galápagos (entonces en la Red de San Luis, llevada un año más tarde al Parque del Retiro) iluminadas con bombillas; pasearían por el Salón Central del Paseo del Prado, codeándose con lo mejorcito de la Villa y Corte; y se detendrían a contemplar la fachada del Palacio del Marqués de Campo o la de la Casa de la Villa, donde pudieron leer “Alfonso XII, rey constitucional”.

La noche del 27 de enero asistirían probablemente al paso de la retreta militar por el Arco de la Armería entre guardias a caballo, soldados, y otras damas friolentas con pañoleta, chal y manguito, bajo la luz de grandes farolas, según el dibujo del natural del Sr. Pellicer.

De seguro no se perderían la vuelta por la calle de Alcalá de la regia comitiva una vez celebradas las bodas reales, el 23 de enero, aplaudiendo con el pueblo a su paso.

Como recordatorio del “finis gloriae mundi”, el primer día de fiestas desfilaba por la calle de la Magdalena el cortejo fúnebre que conducía al Cementerio general del Sur el cadáver de don Patricio de la Escosura... Por aquellos días mueren también Amador de los Ríos, Raimundo de Miguel, Claude Bernard y el pintor Daubigny, aunque es posible que el pueblo recordara mejor las muertes de S.S. Pío IX y la de S.A.I. Francisco Carlos-José, archiduque de Austria, padre del Emperador Francisco-José.

Con regocijo los madrileños presencian la elevación del globo “El Intrépido” en el Campo del Moro. La estudiantina española visita París, poniendo una nota de alegría en los Campos Elíseos. Los Sres. Meneses inauguran su nuevo establecimiento de objetos de metal blanco en una espléndida casa de la calle del Príncipe, número 7, que ha sido edificada hace tan sólo veinticuatro años...

Pero volviendo a las fuentes, es decir a la propia novela, nos enteramos de la asistencia de las *Miaus* a una función de ópera, a la que también asisten los reyes. Esta vez no van con entradas de alabarda o de claqué al Paraíso (última fila lateral de la derecha, junto a la salida), sino a Delantera, convidadas por Víctor Cadalso. Se presenta “La Africana” de Meyerbeer.

Una de las *Miaus* comenta:

“¡Pero qué pálida está Mercedes; pero qué pálida!...”<sup>4</sup>

Durante la temporada 1877-78 se representaron en el Teatro Real, además de “La Africana”, “La Favorita”, “Los Puritanos” y “Fra Diavolo”. El 26 de enero asistieron Alfonso y Mercedes a la representación de la ópera “Roger de Flor” de Capdepón y Chapí, se interpretó también una “Cantata de bodas” con música de Arrieta y cantó Gayarre.

Menos ecléctico que su madre en gustos teatrales, Alfonso XII había puesto sus amores en la ópera y no los había repartido como ella entre ópera, zarzuela y otros géneros.

La ópera se impuso desde la Corte. la zarzuela fue un espectáculo democrático,

“se dirigió no solamente a las clases del pueblo, sino a todas aquellas que, alejadas a la mundana exhibición, tan costosa como la del teatro, y poco aptas para entender música cantada en un idioma extranjero, necesitaban un goce, una distracción, si se

quiere que sólo la aristocracia, por lo general, había monopolizado en nuestro teatro de ópera”<sup>5</sup>.

Las *Miaus* citan a la Pellegrini, a la Scolpi Rolla y a Rossina Penco, famosas cantantes que en realidad habían actuado entre 1865 y 1870 ó 75. Quienes triunfaban en el Teatro Real aquella temporada eran Paolina Lucca (prima donna), Erminia Borghi Mamo (prima donna) y Cesare Boccolini (primer barítono).

Los inviernos eran muy crudos en Madrid. Luisito, nieto de don Ramón Villaamil tiene

“las manos heladitas, y con sabañones”<sup>6</sup>.

Por *La ilustración española y americana*<sup>7</sup> sabemos que

“los fríos de estos últimos días han producido en Madrid una verdadera epidemia de catarros”.

Por el propio Villaamil sabemos que se ha quedado helado en su despacho.

Galdós se convierte, una vez más, al escribir su novela, en el cronista encargado de transmitirnos la almendrilla de la noticia, la nota pintoresca, con un ajuste total a la realidad del momento.

### *Localización*

La acción esencial de la novela se sitúa dentro de la tercera ampliación de Madrid (a partir del siglo xvi) en el cuartel alto —según el criterio de don Ramón de Mesonero Romanos— y más concretamente en un sector del cuarto de círculo comprendido entre la plazuela de Santo Domingo y la calle Ancha de San Bernardo, hasta la Puertas de San Vicente y el Palacio Real.

Los límites estarían constituidos por las calles comprendidas entre la Cuesta de San Vicengte, la plaza de San Marcial (hoy de España), la calle de los Reyes, la calle Ancha de San Bernardo, la Puerta de Fuencarral, el paseo de Areneros (hoy de Alberto Aguilera), la Montaña del Príncipe Pío, la plazuela de Afligidos (hoy de Cristino Martos) y el Cuartel de la Montaña.

Dentro de este perímetro se incluyen: la plazuela del Limón, donde estuvo el Colegio en que estudiaba Luisito Cadalso; la calle de Quiñones, donde vivía la familia Villaamil (en el número 3, 2ª); la del Conde-Duque con la explanada frente al Cuartel del mismo nombre, donde jugaba Luisito y donde vio al Padre Eterno; la calle del Acuerdo, donde vivía el cojo Guillén y donde murió su sobrino “Posturitas”; y la plaza de las Comendadoras, donde se alza la iglesia del mismo nombre, felizmente conservada.

Ya en los límites de dicha zona, se sitúan: la calle de los Reyes, donde vivían los tíos de Luisito Cadalso (Ildefonso y Quintina); la iglesia de Montserrat, donde Luisito volvió a ver al Padre Eterno; la cuesta de San Vicente, donde se sitúa la taberna “La Viña del Señor”, en la que Villaamil comió opíparamente poco antes de su muerte; y el Cuartel de la Montaña en

cuyas proximidades se suicida el desdichado cesante abrumado por el infortunio, harto de soportar el asfixiante ambiente familiar en que vive y medio loco de desesperación al comprobar que no le llegará nunca la credencial que perdió con los vaivenes políticos de la época.

El barrio es descrito de la siguiente manera por Federico Carlos Sainz de Robles: "Impresionantes son, en *Miau*, los escenarios. Las viejas calles del viejo barrio del Noviciado. Casas cuarteladas con caras ictéricas, con interiores cochambrosos y malolientes. Plazuelas provincianas de arbolillos entecos, costaneras y costanilladas. Empedrados de guijos picudos, entre los que la hierba brota con fuerza. Tenduchines de mala muerte. Tabernas sospechosas de tipos y delatadas de mugre a cien metros. Basuras abandonadas en la calzada. Rincones convertidos en mingitorios. Reverberos pálidos de cristales rotos a pedradas. Gritos y canciones canallas. Ropas miserables puestas a secar en los balcones y en cuerdas tendidas de árbol a árbol. Comadres en banquetas por las aceras. Sacerdotisas de Venus chistando desde las bocas de los portales más tétricos. Obreros escurridizos con las tarteras colgadas de las muñecas. De vez en cuando, algún *guindilla* municipal, con su chacó de acordeón y su charrasco enmohecido, haciendo la *vista gorda* y caracoleando, a dos dedos, el bigote cerdoso de las apariencias respetables..."<sup>7</sup>.

Quizás no fuera tan siniestro el aspecto de aquel barrio como nos lo pinta Sainz de Robles. En todo caso, muchos de los barrios de Madrid no serían mejores que éste.

Dos centros importantes que capitalizaban el mundo de las finanzas y el templo del "bel canto" escapan a los estrechos límites del barrio de Amaniel, me refiero al Ministerio de Hacienda y al Teatro Real. Podríamos añadir también el Congreso de los Diputados en la plaza de las Cortes, su actual emplazamiento, inaugurado treinta y cinco años antes por la reina Isabel II.

### *Itinerarios madrileños*

Hay en la novela dos itinerarios que el novelista describe con cierta morosidad.

El primero es el de Luisito Cadalso que lleva una carta de su abuelo al señor de Cucúrbitas (don Francisco, pedantón insufrible), en petición angustiosa de dinero y ayuda, viaje que concluye en el vacío porque no obtiene respuesta satisfactoria.

El segundo, el de Villaamil acompañado de su nieto y después solo, que desemboca en la muerte.

El primero comprende la calle Ancha de San Bernardo, la calle del Pez y la de la Puebla, donde se alza el convento de don Juan de Alarcón, las "Alarconas", a cuyas puertas pide limosna un pobre que adopta la figura del Padre Eterno en los delirios de Luisito. Esta última referencia se recoge a la vuelta del niño a su hogar pero hay que pensar en ella puesto que el novelista al final del capítulo añade: "...buscando la dirección más corta por el mismo laberinto de calles y plazuelas, desigualmente iluminadas y concurridas"<sup>8</sup>.

Interrumpido en ese punto el itinerario, podemos deducir que el niño baja por la calle de Valverde, la Red de San Luis y la calle de la Montera hasta la Puerta del Sol, con su iluminación recientemente inaugurada. Subiría después por la calle de Carretas a la plaza del Angel y

por la calle de las Huertas (donde a la vuelta se entretiene en una pastelería) para entrar por último en la calle del Amor de Dios, final de su recorrido.

Otro nuevo itinerario de Luisito concluye en el Congreso y sabemos que tarda veinte minutos en llegar allí, con referencias a la calle de Florida-Blanca, invadida de coches; al cercano teatro de la calle de Jovellanos (el de la Zarzuela); a la calle del Sordo, y a la carrera de San Jerónimo, ya al abandonar el edificio.

El segundo itinerario, éste más detallado, es el último que realiza don Ramón de Villaamil antes de quitarse la vida, constituye una auténtica bajada al Infierno dantesco.

Salen abuelo y nieto a la calle Ancha, pero en vez de dirigirse directamente a la de los Reyes, donde quedará el niño bajo la custodia de sus tíos, suben ambos hacia el Norte, hacia el Hospital de la Princesa, bordeando el paseo de Areneros, a la izquierda de donde se abrió el Portillo de Fuencarral.

Ya solo, baja don Ramón hacia la plaza de San Marcial, llega hasta los vertederos de la antigua Huerta del Príncipe Pío y se detiene a contemplar la hondonada del Campo del Moro y los términos distantes de la Casa de Campo. Hasta allí le llega el aire tibio y primaveral del valle del Manzanares. Bordea el Cuartel de la Montaña y baja por la cuesta de San Vicente. En una taberna se siente momentáneamente feliz, lejos de un hogar odioso y de una familia enojosa e insufrible.

Hay hasta como una fugaz parodia del *Beatus ille*... ante un público de quintos pueblerinos, que no lo entienden, Villaamil se ha ido "quijotizando" progresivamente:

"— Jóvenes, pensad lo que hacéis. Aún estáis a tiempo. Volvco a vucstas cabañas y dehesas, y huid de este engañoso abismo de Madrid, que os tragará y os hará infelices para toda la vida. Seguid el consejo de quien os quiere bien , y volveos al campo"<sup>9</sup>.

Don Ramón vuelve a escalar la Montaña, cruza vertederos y no para hasta las áridas vertientes que desde el barrio de Pozas descienden a San Antonio de la Florida. Se para al borde de un gran talud que hay hacia la cuesta de Areneros, sobre las nuevas alfarerías de la Moncloa. Llega a los altos de San Bernardino que miran a Vallehermoso, y desde allí contempla el caserío de Madrid como Rastignac París desde lo alto del Cementerio del Père-Lachaise, en actitud de desafío.

Ya de noche regresa a su barrio, lo recorre palmo a palmo, pero no entra en casa, está a punto de ser descubierto por Mendizábal, el memorialista, pero consigue burlar su persecución. Vuelve a los derrumbaderos del Cuartel, y allí, como con desgana, se dispara un tiro en la cabeza.

Me recuerda este caprichoso itinerario que desemboca en la muerte, el de Max Estrella y don Latino por un Madrid nocturno y fantasmagórico: los desmontes, la soledad, la taberna y las prostitutas de infima nota, los faroles agonizantes... todo contribuye a preparar el trágico desenlace de la novela.

Si en Galdós Villaamil "respiró con gusto el aire tibio que del valle del Manzanares subía"<sup>10</sup>, en el Esperpento de Valle-Inclán, "El perfume primaveral de las lilas embalsama la humedad de la noche"<sup>11</sup>.

El mismo pesimismo que invade a Villaamil al considerar la política española de la época de la Restauración es el que domina a Max Estrella cuando analiza la España de don Alfonso XIII.

La misma amargura de Villaamil al recorrer las dependencias del Ministerio de Hacienda rezuma Max Estrella cuando acude al Ministerio de la Gobernación.

El Viaducto parece ser la solución tanto para Villaamil como para Max. Compárese la situación en ambas obras:

“Dios tenga piedad de nosotros, pues si este amigo nos desampara iremos todos a tirarnos por el viaducto”<sup>12</sup>

“Latino, vil corredor de aventuras insulsas, llévame al Viaducto. Te invito a regenerarte con un vuelo”<sup>13</sup>.

Amarga reflexión del cesante/ sarcasmo del bohemio. Las propuestas son, no obstante, idénticas.

Abelarda, desesperada, piensa también en el Viaducto:

“creyó volverse loca en aquel mismo instante, soñando como único alivio a su desatada pena salir de la casa, correr hacia el Viaducto de la calle de Segovia y tirarse por él”<sup>14</sup>.

### *La vida en Madrid*

La novela ofrece un interesantísimo panorama de hábitos y costumbres de la clase media madrileña, en la que se inscriben, a pesar de su escasez de recursos económicos, doña Pura y su hermana Milagros que llevan un ritmo de vida insostenible, pendientes del qué dirán y aparentando lo que no son.

Villaamil lo ve con toda claridad pero es incapaz de enfrentarse con su esposa, incuba en su interior un resentimiento progresivo que va trastornando su juicio y anulando su ya débil voluntad.

“El maldito suponer, el trapito, las visitas, el teatro, los perendengues y el morro siempre estirado para fingir dignamente de personas encumbradas, nos perdieron...”<sup>15</sup>.

Consecuencias de la mentalidad de las *Miaus* son: pedir fiado en las tiendas, frecuentar el Monte de Piedad o las casas de préstamos (una pignoración en gran escala se había efectuado precisamente el día del casamiento de don Alfonso con la reina Mercedes), dar sablazos a diestro y siniestro, componer y recomponer vestidos y sombreros, pasar hambres, frío en el invierno, y andar por casa vistiendo mal y calzando peor.

El hogar de los Villaamil en la calle de Quiñones es presentado como triste y lóbrego, ofreciendo restos de su antiguo esplendor y dominado por un dudoso gusto.

El ambiente del Teatro Real es una mezcla de escenario donde triunfaban los grandes cantantes y de lugar de exhibición de la sociedad alta y media del Madrid de entonces. Se vivía el éxito de Meyerbeer, es decir de la ópera alemana, en detrimento de la italiana.

Las *Miaus* se esponjan de orgullo al sentirse observadas por los conocidos, aunque en el fondo lo son más con ojos burlones que con admiración; su vanidad no les permite descubrir el engaño. Ellas también pasan revista a los personajes ilustres que ocupan el Teatro, como S.S. M.M. los Reyes, María Buschental, don Antonio (Cánovas del Castillo) y don Fernando Cos-Gayón, del que comentan: “así lo fusilaran” (no olvidemos que con el gobierno conservador de Cánovas se quedó cesante don Ramón).

Se discuten los méritos de las cantantes y se viven las óperas, la sociedad cursilona de la Restauración está en todo su apogeo.

La costumbre hace ley: los Villaamil van a Misa los domingos a las Comendadoras de Santiago. La más piadosa, al menos en apariencia, es Abelarda, la hija, aunque influye en su fervor religioso el convencimiento de que su cuñado Víctor se ha enamorado de ella, por lo que más bien hay que pensar que quiere tener a Dios de su parte, también influye cierta dosis de ingenuidad, el novelista nos la pinta como una boba. “La insignificante” prefiere con mucho la soledad de la iglesia de Montserrat donde puede entregarse a sus dulces ensueños. Víctor la espera comúnmente al salir del templo y la acompaña hasta la casa.

Las iglesias mencionadas e incidentalmente la de don Juan de Alarcón de Mercenarias descalzas de Valverde esquina a Puebla, desempeñan un importante papel en la novela, sobre todo a partir de la segunda mitad de la novela o coincidiendo con las figuraciones de Luisito Cadalso a quien se le “aparece” el Padre Eterno para aconsejarlo, revonvenirlo o anticiparle noticias.

El niño prefiere las Comendadoras a Montserrat.

“A Montserrat encontrábalo frío y desnudo; los santos estaban mal trajeados; el culto le parecía pobre, y además de esto había en la capilla de la derecha, conforme entramos, un Cristo grande, moreno, lleno de manchurrónes de sangres, con enaguas y una melena natural tan larga como el pelo de una mujer, la cual efigie le causaba tanto miedo que nunca se atrevía a mirarla sino a distancia, y ni que le dieran lo que le dieran entraba en su capilla”<sup>16</sup>.

Como compensación disfruta recorriendo toda la iglesia con su amigo y discípulo Silvestre Murillo, hijo del sacristán, y aprendiendo una pintoresca liturgia.

Las riñas entre colegiales al salir de la Escuela Pública de la plazuela del Limón, los procedimientos expeditivos del maestro (verdugo, fiero cómitre) para restablecer el orden en clase; el coleccionismo (sortijas de puros, cromos, estampas de santos, sellos) tan característico de la infancia, constituyen otras tantas pinceladas costumbristas.

De la mano de Luisito entramos en el Congreso por la puerta de la calle del Sordo (hoy Zorrilla). Es un lugar que impone respeto y que produce en el niño sentimientos contradictorios. Allí está la clave para su abuelo porque —en su sentir— los Ministros conceden los destinos, pero también, por habérselo oído decir, las Cortes son una farsa y allí sólo se pierde el tiempo.

Villaamil nos introduce en tabernas como las de la Cuesta de San Vicente y Amaniel. En ellas se junta un público ordinario formado por quintos, militares de poca graduación, paisanos de chaqueta corta y mozas de malísimo pelaje, desvencuadas y alborotadoras.



Pero el lugar que llega a convertirse prácticamente en un personaje más, en una especie de monstruo que chupa la sangre a los infelices que trabajan en él, que despersonaliza al individuo hasta convertirlo en pieza o engranaje de una máquina diabólica, es el Ministerio de Hacienda.

Villaamil se lo conoce como la palma de la mano, en él trabajó hasta que perdió el empleo y lo recorre infructuosamente saludando a unos y a otros, pidiendo ayuda y analizando con ironía, sarcasmo más bien, la realidad española de su tiempo. Del edificio de la antigua Aduana se mencionan sus dos patios, la monumental escalera, sus gruesos muros, la chimenea en las porterías, las estufas con sus tubos al aire en oficinas y despachos... Don Ramón tiene incluso sus preferencias. En el 2º Contribuciones a Propiedades.

El Ministerio de Hacienda es una caja de sorpresas. Tiene interminables corredores y pasadizos misteriosos.

“Ni Dante ni Quevedo soñaron, en sus fantásticos viajes, nada parecido al laberinto oficinesco, al campaneo discorde de los timbres que llaman desde todos los confines de la vasta mansión, al abrir y cerrar de mamparas y puertas, y al taconeo y carraspeo de los empleados que van a ocupar sus mesas colgando capa y hongo...”<sup>17</sup>

El día de la paga el personal del Ministerio forma como una red fluvial que desciende hasta la calle donde se dispersa, sintiendo el alegre tintineo del dinero en sus bolsillos. Este acontecimiento permite al novelista presentar el panorama gris de la burocracia española, esclava de la rutina, falta de horizontes, mecanizada hasta la crispación, formando con otros estamentos sociales como un sólido cemento para que funcionen las instituciones.

Numerosas tiendas desfilan por la novela, aunque de forma esporádica: la casa de empréstitos del padre de “Posturitas” con las capas empañadas puestas a airear; el local de Mendizábal, el memorialista; la pastelería de la calle de las Huertas donde Luisito compra dos bollos con los 20 cts. que le dan en casa de Cucúrbitas; una cestería y una tienda de vinos de la calle de la Puebla; la tienda de objetos religiosos que poseen los tíos de Luisito, con la que sueña el niño, que piensa hacerse sacerdote cuando sea mayor; la armería del número 3 de la calle de Alcalá, muy cerca del Ministerio de Hacienda, donde Villaamil compra el revólver que acabará con su vida...

Hay alusiones en la novela al espectáculo callejero del vendedor de elixires, de los prestidigitadores, de los extranjeros pidiendo limosna (“nihil novum sub sole”), del cura llevando el Viático, de los vendedores de cacahuets y avellanas, del sastres y el zapatero a domicilio...

Costumbre de la época era ensayar alguna pieza dramática en casa, con actores aficionados, la distribución de los papeles daba lugar a situaciones jocosas. En casa de las *Miaus* no se podía faltar a la tradición; se elige un entremés cursi que termina en boda y con una décima pidiendo los aplausos del público, e incluso se inician los ensayos, pero la obra no llegó a representarse ya que las circunstancias dramáticas de la familia se agudizan. En el capítulo XXXVIII se nos informa de que “fué abandonado el proyecto de función teatral”<sup>18</sup>.

Han ironizado sobre estas funciones costumbristas como Mesonero Romanos en “La comedia casera” (incluido en el *Panorama matritense*, 1832-1835) y Carlos Frontaura en

“Los cómicos de afición” (incluido en *Caricaturas y retratos*, 1868), entre otros. No olvidemos que Galdós consideró siempre a Mesonero como su maestro.

*Miau* constituye además una espléndida galería de tipos inolvidables, como el dueño de la casa de préstamos; el memorialista; el empleado de ferrocarriles que además trafica con objetos del culto, abusando de su cargo; los porteros del Ministerio; el tabernero...

Entre todos los tipos destaca el del cesante, encarnado por el protagonista de la novela.

“El estado de cesante (...) reduce a un hombre a la nulidad”, afirma Carlos Frontaura<sup>19</sup>. En otros empleos, los que se *desacomodan*, encuentran pronto nuevo trabajo, el cesante no, el cesante “espera indefinidamente el nuevo acomodo, que llega a veces tras largos años de penalidades, y cuando el pretendiente está sin codos, por habérselos comido” —sigue diciendo este autor<sup>20</sup>. Otras veces, podríamos añadir nosotros, dramáticamente no llega.

El cesante ha de pasar también por la humillación de que le retiren el saludo quienes antes lo saludaban con interés, mira con envidia a sus antiguos compañeros que han conseguido mantener el empleo, recibe vanas promesas del Sr. Ministro de turno, y se vuelve a su casa con las manos vacías. Por todos estos tragos amargos pasa nuestro personaje.

“El cesante, —afirma Carlos Frontaura— mientras está en esta situación, es un hombre que no halla en el mundo nada que le consuele, como no sea la noticia de la cesantía del prójimo, siendo su mayor satisfacción la caída del ministerio que le dejó a pie”<sup>21</sup>.

Pero Villaamil es incapaz de desear el mal a nadie, hay en él un fondo de bondad innata, por otra parte está firmísimamente convencido de que su situación no cambiará por nada del mundo, precisamente por su honestidad:

“La lógica española no puede fallar. El pilla delante del honrado; el ignorante encima del entendido; el funcionario probó debajo, siempre debajo”<sup>22</sup>.

“La condenada Administración es una hi de mala hembra con la que no se puede tener trato sin deshonrarse...”<sup>23</sup>

### Conclusión

Madrid está presente, vivo y palpitante como en la mayoría de las novelas galdosianas, asociándose a sus personajes. Pocos lugares de los citados son bellos o agradables, parece como si quisieran asociarse al duelo que enluta el alma del desdichado Villaamil.

Así la casa de la familia está situada en la calle de Quiñones precisamente frente a la Cárcel de Mujeres.

Luisito recorre calles “desigualmente iluminadas y concurridas. Aquí mucho gas, allí tinieblas; acá mucha gente; después soledad, figuras errantes. Pasaron (el niño y *Canelo*, el perro de los Mendizábal) por calles en que la gente, presurosa, apenas cabía; por otras en que vieron *más mujeres que luces*; por otras en que había más perros que personas”<sup>24</sup>. (El subrayado es mío).

Hay mendigos a las puertas de las iglesias, como el ciego de la capa parda, que infunde respeto al niño, sentado en el escalón del convento de don Juan de Alarcón.

Las iglesias son lóbregas, como la de Montserrat, donde "había muy poca luz, y todo en ella era misterioso, sombras que la cadencia tétrica del rezo hacía más cerradas y temerosas"<sup>25</sup>.

Callejas y plazuelas oscuras, solitarias y silenciosas, que rodean el hogar de los Villaamil: calles de San Hermenegildo, del Acuerdo, de Juan de Dios, y plazuelas como las del Limón, Capuchinas y Comendadoras.

Y por último solares, vertederos y desmontes como aquel por donde va a rodar ya sin vida el cuerpo del desdichado Villaamil que ha dudado sobre si suicidarse "al borde de un gran talud que hay hacia la cuesta de Areneros, sobre las nuevas alfarerías de la Moncloa"<sup>26</sup>, donde sólo lo encontraría "algún pastor de cabras"<sup>27</sup>, o junto al Cementerio de la Patriarcal, lugar igualmente desolado y triste.

Desenlace desgarrador, final lógico de un personaje no sólo víctima de la España oficial de la época, sino también de su propia pusilanimidad.

## Notas

- <sup>1</sup> Pérez Galdós (Benito): *Miau* (Ed., prólogo y notas de Robert J. Weber) Guadarrama/Punto Omega. 6ª edición, Barcelona, 1981. Pagª. 370. (Se cita siempre por esta edición).
- <sup>2</sup> y <sup>3</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 98.
- <sup>4</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 263.
- <sup>5</sup> Peña y Goñi (Antonio): *España, desde la ópera a la zarzuela* (Ed. y prólogo de Eduardo Rincón) El libro de Bolsillo/Alianza Editorial, Madrid, 1967. Pagª. 210.
- <sup>6</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 74.
- <sup>7</sup> Númª. 5 Madrid 8 de febrero de 1878. Pagª. 91.
- <sup>7bis</sup> Sainz de Robles (Federico Carlos): *Nota preliminar* a *Miau*. Ed. de O.O.C.C. de Benito Pérez Galdós. Tomo V. Novelas. 2ª ed. Aguilar, Madrid, 1950. Pags. 550-51.
- <sup>8</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 79.
- <sup>9</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 373.
- <sup>10</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 370.
- <sup>11</sup> Valle-Inclán (Ramón del): *Luces de bohemia* (Ed., prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente) Espasa-Calpe/Clásicos Castellanos, Madrid, 1973. Pagª. 113.
- <sup>12</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 71.
- <sup>13</sup> Valle-Inclán (Ramón del): *Op. cit.* Pagª. 129.
- <sup>14</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 238.
- <sup>15</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 378.
- <sup>16</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 231.
- <sup>17</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 322.
- <sup>18</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 340.
- <sup>19</sup> Frontaura (Carlos): *Caricaturas y retratos*. Madrid, 1868. (Obras de D.C.F., 1ª serie). Pagª. 282.
- <sup>20</sup> Frontaura (Carlos): *Op. cit.* Pagª. 283.
- <sup>21</sup> Frontaura (Carlos): *Op. cit.* Pagª. 287.
- <sup>22</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 326.
- <sup>23</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 329.
- <sup>24</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 79.
- <sup>25</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 232.
- <sup>26</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 380.
- <sup>27</sup> Pérez Galdós (Benito): *Op. cit.* Pagª. 380.